

## ***Operación del fármaco y montaje toxicómano.***

En este punto, se hace indispensable una crítica de los conceptos de *operación del fármaco* y *montaje toxicómano*, de los cuales nos hemos servido a lo largo de este trabajo. Esta crítica consistirá en establecer las condiciones de posibilidad y los límites de validez de los mismos. Es decir, si estas nociones tienen la capacidad de ordenar un campo de inteligibilidad y objetividad nuevo, respecto de las toxicomanías, es necesario desentrañar su arquitectura y los límites de su aplicación. El trabajo de cita en cita (en ocasiones extensas) de este apartado puede volverse arduo y tedioso, pero no me ha sido dado otro método más eficaz y, al mismo tiempo, respetuoso de las indicaciones de los autores.

Silvie Lepoulichet elabora el concepto de *operación del fármaco* a partir de lo alucinatorio y el dolor. Tanto uno como otro resultan buenas referencias cuando de las toxicomanías se trata. Lo alucinatorio acerca la función del tóxico al fenómeno onírico más que a la alucinación propiamente dicha. Alucinatoria, en estos términos, es la satisfacción primaria del deseo, indicada en la *identidad de percepción*. En el intento de reencontrar la satisfacción de la necesidad, experimentada en la *vivencia de satisfacción*, Freud formula el deseo. De esta manera, la actividad psíquica apunta a una *identidad perceptiva*: encontrar nuevamente algo idéntico a la *vivencia de satisfacción*. El sueño, desde este punto de vista, *es un rebrote de la vida infantil del alma, ya superada*.<sup>1</sup>

*"El sueño que cumple sus deseos por el corto camino regrediente no ha hecho sino conservarnos un testimonio del modo de trabajo primario de nuestro aparato psíquico, que se abandonó por inadecuado".<sup>2</sup>*

El *corto circuito de lo regrediente* pone en un primer plano la diferencia esencial entre elaboración del sueño y elaboración pulsional. Si bien en el sueño hay trabajo en función de estos deseos (en plural), el soñante no ha movido un dedo para concretarlos. Lo corto de ese circuito se opone al largo rodeo que implica la mediación de lo pulsional en la cultura.

*"Aún después de haber sido interpretado, no deja de ser cierto que el sueño es una expresión privada, perdida en la soledad del descanso, a la cual le falta la mediación del trabajo, la incorporación de un sentido a un material duro, la comunicación de este sentido a un público, en suma, el poder de hacer avanzar la conciencia hacia una nueva comprensión de sí misma".<sup>3</sup>*

Regrediente implica replegado sobre sí mismo. A su vez, la satisfacción primaria se desentiende del rodeo por el otro y, si fue necesario abandonarla, es porque se rebelaba inadecuada, en función del principio de realidad. Sin proponérselo, Lepoulichet acerca, de este modo, las toxicomanías a la pereza. Es cierto que, desde este punto de vista, el toxicómano no trabaja gran cosa.

Todas las figuras que se despliegan desde el concepto de *operación del fármaco* apuntan al hecho de que el tóxico se encuentra a contrapelo del funcionamiento de las representaciones. La errancia sonámbula, la exclusión de la ausencia, la abolición de la temporalidad, el borramiento inmediato de representaciones intolerables y la cancelación de las

---

<sup>1</sup> Sigmund Freud: *Op. cit.*, pág. 559.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pág. 559.

<sup>3</sup> Paul Ricoeur: *El conflicto de las interpretaciones*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003.

oposiciones distintivas, indican el tratamiento que el tóxico hace de lo simbólico. Cada uno de los efectos de lo simbólico queda anulado bajo el efecto narcótico. Como en el sueño, las categorías temporales y topográficas parecieran tener un trato primariamente caprichoso. El fenómeno del miembro fantasma es el lugar privilegiado para la combinación de lo alucinatorio y el dolor. Como tal, pareciera articular una presencia alucinatoria sobre una ausencia doliente.

*"Todas las características de la operación del fármakon, bajo la referencia de lo alucinatorio y el dolor, evocan un montaje paradójico que neutraliza todo reto de castración".<sup>4</sup>*

Lo simbólico ejerce su incidencia sobre lo imaginario en dos aspectos privilegiados. Por un lado, estabiliza el continuo de las imágenes, y por otro, aunque simultáneamente, introduce la negatividad. Sin la posibilidad del nombre, las imágenes serían un haz de percepciones confusas y carentes de límites precisos. Lo simbólico determina y, en el mismo movimiento, estabiliza aquello que, de otra manera, sería un haz de percepciones en continuo fluir.

Por otro lado, lo simbólico introduce la categoría de falta. El registro de lo imaginario no puede dar cuenta de la ausencia. Recuérdese aquella anécdota según la cual Wittgenstein lo desafía a Russell a que pruebe la inexistencia de un rinoceronte en la habitación en la cual el maestro daba sus clases.<sup>5</sup> Según cuentan, parece que Russell recorre con su vista la amplitud del aula, mira debajo de su escritorio y, apenas sonriente, le dice que, efectivamente, no hay ningún rinoceronte. Sin embargo, Wittgenstein da en la tecla: las imágenes son sólo presencias y, como tales, no pueden dar cuenta de la negatividad. Por así decir, no hay imagen de lo que falta y no hay ningún signo perceptivo que pueda probar la inexistencia. Lacan lee en estos términos el complejo de castración freudiano.<sup>6</sup> En este sentido, lo imaginario es pleno y, si la categoría de falta entra en juego, si algo falta, es un efecto de lo simbólico sobre lo imaginario. Lo mismo queda por afirmar respecto del registro de lo real. En la deducción de lo real como lo imposible, tampoco falta nada.

El principio del *fármakon* anula estos dos efectos de lo simbólico sobre lo imaginario. En ocasiones, altera la percepción y la realidad pareciera desconocer la estabilidad que aportan las palabras. El *principio de individuación*, según el cual los hombres y las cosas tienen formas y límites precisos, queda suspendido bajo los efectos del fármakon.<sup>7</sup> Por otro lado, la hiancia indicada en lo simbólico se encuentra neutralizada bajo el *principio del fármakon*. La abolición de las oposiciones distintivas, la exclusión de la ausencia, la neutralización de la temporalidad, la inmediatez y lo directo del tóxico, son todas versiones diferentes de una misma cuestión: el fármakon desatiende los principios de lo simbólico.

Las consideraciones de Freud acerca del tóxico como el método más tosco y eficaz, y su caracterización en los términos de "directo" e "inmediato", son congruentes con esta formulación del principio del *fármakon*. Habíamos considerado previamente<sup>8</sup> que, en la obra de Freud, la función del tóxico pareciera ejercerse a contrapelo de la lógica de las representaciones.

---

<sup>4</sup> Silvie Lepoulichet: *Op. cit.*, pág. 68.

<sup>5</sup> Jean Allouch: *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*, Editorial Edelp, Buenos Aires, 1996.

<sup>6</sup> Jaques Lacan: "La significación del falo", *Escritos 2*, siglo veintiuno editores, Buenos Aires, 1987, pág. 665.

<sup>7</sup> Ver *Vino Malicioso* \*

<sup>8</sup> Página de la función de contraste en este trabajo\*

A su vez, el principio del *fármaco* se rebela en tres formas de la reversibilidad: de lo psíquico con lo orgánico, del adentro con el afuera y de la desaparición del sujeto.<sup>9</sup> Esta argumentación del tóxico implica que su función se despliega neutralizando la incidencia de lo simbólico. Desde aquí, es posible argumentar que la *operación del fármaco* implica un repliegue narcisista y la dimensión de la alteridad desaparece.

El fundamento de todo este orden de cosas Lepoulichet lo encuentra en una complicación en la constitución subjetiva. Para ello, apela a las formalizaciones de Jacques Lacan, en el *Seminario X*<sup>10</sup> y *Seminario XI*,<sup>11</sup> *Posición del Inconsciente*<sup>12</sup> y *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*.<sup>13</sup>

La alienación humana es doble, en el sentido de que se da en el plano de las imágenes y en el plano de la lengua. El encuentro del cuerpo con la cadena significativa implica que *el cuerpo no cesa de perder su carne al paso que se elabora en las imágenes y el lenguaje*.<sup>14</sup> Lacan elabora esta cuestión de distintas maneras. La división del *Seminario X*, las operaciones de alienación y separación, en el *Seminario XI*, y finalmente el nudo borromeo, intentan delimitar el encuentro del ser viviente y la lengua: la pérdida a que se somete el sexo en los desfiladeros del significativo.

Lepoulichet, siguiendo estos desarrollos teóricos, se aparta, poco a poco, del modelo económico freudiano del que se sirvió inicialmente y avanza hacia una explicación de las toxicomanías como una *insuficiencia de la función simbólica*.

*"Es que la operación del fármaco representa una cancelación tóxica del dolor y una restauración de un objeto alucinatorio. Sobreviene entonces como una falta de elaboración del cuerpo, que evoca, según las diferentes toxicomanías, una perturbación del narcisismo o una falta de elaboración del cuerpo pulsional, ligadas ambas directamente a una insuficiencia de la función simbólica."*<sup>15</sup>

De esta manera, el cuerpo del toxicómano "ya no sería otro, de algún modo no se habría perdido,<sup>16</sup> "no se habría ausentado en la lengua",<sup>17</sup> "el cuerpo no es ausentado ni es tejido por el lenguaje",<sup>18</sup> "el sujeto no puede engendrarse a través de los significantes entregados por un Otro faltante".<sup>19</sup> En estos casos, la *operación del fármaco* pareciera prestar un cuerpo, y su ausencia, en la abstinencia, sugiere una forma de mutilación.

*"Así, la perspectiva de semejante tratamiento implica la tentativa de una gestión autónoma del cuerpo fuera del lenguaje y las imágenes. En la operación del fármaco, el cuerpo ya no parece precisamente velado por las representaciones. Y se puede decir que esta operación presta alucinatoriamente un cuerpo porque trata de cierta manera al organismo, en la medida en que*

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, pág. 71.

<sup>10</sup> Jacques Lacan: *El Seminario Libro X: La Angustia*, Paidós, Buenos Aires, 2006.

<sup>11</sup> Jacques Lacan: *El Seminario Libro XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1995.

<sup>12</sup> Jacques Lacan: *Posición del inconsciente*, Escritos 2, Siglo XXI editores, 1988.

<sup>13</sup> Jacques Lacan: *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*, Escritos 2, Siglo XXI editores, 1988.

<sup>14</sup> Silvie Lepoulichet: *Op. cit.*, pág. 77.

<sup>15</sup> *Ibid.*, pág. 67.

<sup>16</sup> *Ibid.*, pág. 77.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pág. 77.

<sup>18</sup> *Ibid.*, pág. 60.

<sup>19</sup> *Ibid.*, pág. 127.

*deja por entero de ser elaborado dentro de las cadenas significantes, es decir, allí donde se inscriben los deseos de los otros."*<sup>20</sup>

La operación del fármaco engendra una conservación paradójica análoga al repliegue narcisista en una lesión orgánica. El circuito en juego no sería para la autora el de la pulsión, puesto que el trayecto pulsional propiamente dicho exige el rodeo por el Otro. El recorrido de esta (de ahora en más) pseudo pulsión pareciera interferir la elaboración pulsional y queda más cerca del narcisismo que del objeto.

*"... yo concibo la operación del fármaco como la creación de una nueva función de órgano o de un borde que pide un circuito pseudo pulsional."*<sup>21</sup>

*"... como en la lesión de órgano, un objeto aparece fosilizado dentro del circuito de la operación del fármaco en tanto se consuman una interrupción de los diferentes recortes pulsionales y una exclusión del otro."*<sup>22</sup>

Los fenómenos que Lepoulichet despliega son atinados y se evidencia una vasta experiencia clínica con pacientes toxicómanos. Pero tomemos nota de lo siguiente: el argumento vira, casi imperceptiblemente, desde la económica freudiana inicial, hacia una lógica del significante. Los términos de *tensión*, *cantidad*, *pulsión*, poco a poco, son remplazados por *significante*, *Otro* y *lenguaje*. La clave de este deslizamiento -a mi entender- es la noción de efracción.

Este término, que significa ruptura violenta o quebradura, funciona originariamente de modelo para pensar el dolor como una cantidad con la que el aparato psíquico no puede arreglárselas. Luego, será el lugar privilegiado para situar el significante de %. Se evidencia un corrimiento teórico de mucha importancia clínica.

No se trata de una mera cuestión de clasificación teórica. No es harto evidente que las nociones que despliega Freud se puedan avenir con claridad al trabajo que Lepoulichet realiza siguiendo algunas nociones lacanianas. De hecho, ¿qué lugar queda para la económica freudiana en esta formalización teórica? ¿Qué noción de pulsión podría dejar a un lado la referencia de cantidad?

Freud apeló a las figuras de las toxicomanías y el alcoholismo porque le permitían situar en un primer plano la cuestión económica. ¿Cómo entender este deslizamiento si, poco a poco, lo energético pierde su valor, hasta casi no ser tenido en cuenta? Pareciera ser que, en este punto, y orientando su razonamiento en términos de la constitución subjetiva, Lepoulichet descuida las referencias económicas freudianas y el lugar argumental de dichas referencias.

La *operación del fármaco* no es una operación en los mismos términos en que la represión, la renegación o la forclusión lo son. Lepoulichet no aspira a que esta noción dé cuenta de una organización psicopatológica autónoma, ni a considerar las toxicomanías como una estructura clínica. En esta tentación se han extraviado muchos analistas, no sólo por el carácter marginal del tóxico en el psicoanálisis, sino también por el desconcierto clínico que estos pacientes nos sugieren. Lepoulichet encuentra más atinado considerar esta operación con carta de ciudadanía en neurosis, psicosis y perversiones. De esta manera, se aleja de entender al psicoanálisis en términos de compartimentos estancos, en los cuales, a tal mecanismo, tal organización. Encontramos el límite de esta noción en el punto en cual no se propone las

---

<sup>20</sup> *Ibid.*, pág. 72.

<sup>21</sup> *Ibid.*, pág. 117.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pág. 118.

mismas aspiraciones que los mecanismos psíquicos de los que nos habla Freud. No tendrían el carácter fundante que estos últimos despliegan. Se sigue de lo anterior que el montaje toxicómano no es un verdadero montaje, y que tampoco tiene la consistencia del fantasma.

La segunda noción que nos interesa es la de *montaje toxicómano*. Es sugerente considerar que ha sido extraída de *Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*.

*"Diré que si a algo se parece la pulsión es a un montaje."*<sup>23</sup>

La primera referencia de este término pertenece al campo de la biología. En algunas teorías del instinto, un montaje es la forma específica que desencadena una reacción más o menos apropiada. Según esto, una determinada configuración perceptiva activa una conducta fija acorde a fines. Pero no es ésta la referencia que a Lacan le interesa.

*"El montaje de la pulsión es un montaje que se nos presenta sin ton ni son- tiene el sentido que adquiere cuando se habla de montaje en un collage surrealista."*<sup>24</sup>

Lacan realiza un desmontaje de la pulsión en su lectura del texto *Pulsiones y destinos de pulsión*. De este modo, acentúa la discontinuidad entre los elementos de la pulsión descritos por Freud, al afirmar que, por ser disyuntos y discontinuos, estos elementos están destinados a entrar en una combinatoria. El empuje, la meta, el objeto y la fuente le parecen, a Lacan, nociones que sólo se articulan de una manera paradójica y aproximada, alejada de cualquier perspectiva finalista y de todo registro orgánico. Más aún, estos elementos de la pulsión se le presentan como verdaderas paradojas heterogéneas entre sí. Y, si es que se nos aparecen más o menos ensamblados, sólo se trata de una juntura aleatoria, paradójica e inacabada, que él denomina *montaje*.

Es claro el movimiento que realiza Lacan en su lectura de Freud: una vez que los elementos son considerados como heterogéneos y separados, el montaje le permite reunirlos en una configuración nueva, más o menos anticuada, alejada de lo biológico y determinada por las leyes de la combinatoria significativa. En este punto, son tan distantes las argumentaciones que, aquellos que sueñan con un encuentro de Freud con Lacan, no la tienen para nada fácil.

Lepoulichet se sirve de esta noción para aplicarla en las toxicomanías. Si bien no siempre quedan claras las diferencias teóricas con la operación del fármaco, el resultado es un *montaje toxicómano*, como una organización particular, pulsional o pseudo pulsional, y que cumple funciones más o menos específicas. Si bien se acerca a una respuesta, no se trata de un verdadero fantasma en la medida en que éste último implica el rodeo por el Otro. En este sentido, el montaje toxicómano, funcionando a contrapelo de lo simbólico, pareciera soslayar la castración. Lepoulichet acerca el montaje toxicómano al fenómeno del miembro fantasma, más que al fantasma propiamente dicho:

*"Es una formación que no posee el valor ni la consistencia del fantasma. Este último remite al acto creador de la elaboración de un saber que, a espaldas del sujeto, pasa a acondicionar la pérdida del objeto. Aquel efecto fantasma parece pertenecer más bien al registro de lo alucinatorio."*<sup>54</sup>

---

<sup>23</sup> Jaques Lacan: *Op. cit.*, pág. 176.

<sup>24</sup> *Ibid.*, pág. 176.

La noción de fantasma en la obra de Lacan se propone como una respuesta al enigma del deseo del Otro. El montaje toxicómano se propone como un arreglo (paradójico) en aquellos casos en los cuales el fantasma fracasa en velar y constituir la realidad:

*"En los casos que nos ocupan, el fantasma parece fracasar parcialmente en organizar la realidad porque el enigma del deseo del Otro no puede operar de manera integral. Existe un aspecto donde el sujeto encuentra una determinación del Otro."*<sup>25</sup>

*Suplencia y suplemento* son los nombres que designan los ejes principales de esos montajes.<sup>26</sup> Pareciera ser que Lepoulichet, en su intento de renovación de la escucha, ordenó su experiencia clínica teniendo en cuenta qué función cumple el fármaco en cada caso en particular, pero sin dejar de establecer generalidades. Aún a riesgo de simplificar esquemáticamente las cosas, es posible afirmar que respondió a esta pregunta en función de los registros de Lacan de los que se había servido en su propia argumentación. *Suplencia*, de ahora en más, dará testimonio de un desfallecimiento de la instancia simbólica y *suplemento* implicará un instrumento para ajustar la imagen narcisista. Desde aquí, es fácil concluir que la *suplencia* es a lo simbólico lo que el *suplemento* es a lo imaginario.

En nuestro itinerario, hemos suscripto a la noción de *montaje toxicómano*, a condición de acentuar la cuestión económica desplegada por Freud. Sin extendernos en un debate que excede los términos de este trabajo, es posible afirmar que quizás esté mejor aplicada la noción de *montaje* a las toxicomanías que a la pulsión propiamente dicha.

### ***Eros o muerte en el montaje toxicómano***

Previamente, hemos considerado que la elaboración psíquica, la *verarbeitung*, se rige por el principio del placer. Podemos introducir entonces la pregunta: ¿el montaje de toxicomanía está al servicio del *Eros* o se trata de la pulsión de muerte?

Estamos advertidos de la *prisa por concluir*, incluso en cuestiones teóricas, de las toxicomanías. Si nos dejamos conducir por los discursos sobre la toxicomanía como una teoría, determinamos apresuradamente las nociones de tal manera que pierden su valor. No nos apuremos, entonces.

Si seguimos la ambigüedad respecto del tóxico, iniciada en Freud y desplegada por Lepoulichet en su definición del *fármaco* como indecible, es posible colocar la pregunta en una mejor perspectiva. De esta manera, puede actuar como remedio o veneno y sólo obtiene su determinación en función del acto (¿médico?) que lo sanciona. En estos términos, encontramos una buena versión de nuestra pregunta, y dejamos lugar a esa ambigüedad.

Desde esta perspectiva, pareciera ser que el montaje de toxicomanía intenta un proceso de ligadura y, por lo tanto, se esmera en el carácter unitivo que reconocemos en los procesos eróticos. Sin embargo, en los límites del éxito del montaje, es decir, en el punto en el cual éste deja de funcionar, asistimos a procesos desligantes y, por lo tanto, no eróticos. El modelo más esclarecedor para pensar en esto lo constituyen las sobredosis. En éstas, a falta de una elaboración posible, el tóxico fracasa en ligar las *investiduras*, de manera tal que se espera la

---

<sup>25</sup> Silvie Lepoulichet: *Op. cit.*, pág. 132.

<sup>26</sup> *Ibid.*, pág. 121.

ligazón en el aumento de la cantidad de droga. "El adicto necesita más y más droga para conservar forma humana".<sup>27</sup> Podríamos pensar que lo *directamente placentero* no logra su cometido y, como tal, el intento de ligar se repite una y otra vez, fracasando al punto de anular el aparato psíquico. El carácter de este proceso es claramente desuniente y, por lo tanto, se acerca a la pulsión de muerte.

Es frecuente escuchar relatos de pacientes donde el *álgebra de la necesidad* se manifiesta fragmentando el cuerpo, dando lugar a un fenómeno que, en aras de la brevedad, definiremos como *presencia del cuerpo*. Decires del estilo "la nariz me pica" o "el cuerpo pide", parecieran definir, en términos de urgencia, la necesidad de algo que una los fragmentos. Como si el cuerpo en la abstinencia dejara de tener su forma unificada. Es muy acertado acercar estos fenómenos a la conceptualización del dolor. Freud presenta al dolor como una pseudo pulsión en virtud de que no sería reprimible y, por otro lado, está más cerca de la pulsión que del narcisismo.<sup>28</sup> En este sentido, el dolor está, por así decir, fuera del yo. El dolor lo atraviesa, fragmentando el cuerpo a contrapelo de la unificación propia del yo.

Los relatos de los pacientes referidos a la abstinencia parecieran aludir a ese punto donde el narcisismo no alcanza a unificar y velar el cuerpo. Desde esta perspectiva, nuevamente encontramos el empleo del tóxico como un intento de ligadura, y, en el punto donde fracasa, la irrupción de un fragmento corporal. El mismo título del texto de Burroughs pareciera sugerir una lectura semejante, "almuerzo desnudo: un instante helado en el cual todos ven lo que hay en la punta de sus tenedores".<sup>29</sup> El instante en el cual las cosas pierden el último velo antes de ser digeridas, el punto donde lo simbólico-imaginario fracasa en "vestir" lo real. Es indudable cierto tono inquietante en aquel punto en el cual una milanesa deja de serlo, para pasar a ser una mezcla inconmensurable de jugos y consistencias. A falta de un rasgo más propicio, pareciera ser que en muchos casos el consumo de tóxicos se esmera en vestir o, por lo menos, adormecer semejante visión.

Desde esta perspectiva, el recurso al tóxico protege y conserva.<sup>30</sup> Deberíamos suponer que la *sobredosis de tiempo*, *el álgebra de la necesidad* y *la presencia del cuerpo* se presentan tan insoportables que desbordan los marcos de la escena cotidiana. Un paciente me decía: "a la mañana veo el desastre que soy y, si no fumo, me mato."

Este fracaso en velar el cuerpo también puede ser leído en términos cuantitativos. De una u otra manera, podemos acentuar la falta de recursos para la tramitación, tanto como la intensidad de la carga que impide ser tramitada. La irrupción particular del cuerpo pone de manifiesto que el yo tiene que vérselas con algo más poderoso: una cantidad con la cual no puede arreglárselas. La imposibilidad de la represión se debe a que el aparato no puede operar con intensidades tan importantes. El trabajo psíquico sólo puede tener lugar con las cantidades que han tenido cierta ligadura. Recordemos que en el *Proyecto de psicología para neurólogos*<sup>31</sup> Freud distinguía la cantidad  $Q$  de  $Q_n$  para referirse a la intensidad del mundo exterior y la cantidad adecuada al trabajo de lo psíquico, acentuando la diferencia de cargas presentes en uno y otro lugar.

Un paciente se había propuesto dejar de fumar marihuana luego de haber recurrido a ella durante quince años de los veinticinco que tenía de vida. A los pocos días, se sorprendía del hecho de que, más allá de las grandes cantidades que consumía diariamente, había logrado

---

<sup>27</sup> William Burroughs: *Op. cit.*, pág. 8.

<sup>28</sup> Sigmund Freud: *La represión*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Volumen XIV, pág. 141.

<sup>29</sup> William Burroughs: *Op. cit.*, pág. 3.

<sup>30</sup> Silvie Lepoulchet: *Op. cit.*, pág. 105.

<sup>31</sup> Sigmund Freud: "Proyecto de psicología para neurólogos", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Volumen I, pág. 323.

la abstinencia. Sonriendo, decía sentir ansiedad, pero no mucho más que eso. A la semana siguiente, concurre fuera del horario acordado desesperado por los dolores de su cuerpo.

El tóxico pareciera haber desempeñado cierta función de velamiento del cuerpo. En la abstinencia, "el cuerpo duele" no es otra cosa que la devastadora intensidad de la pulsión y la imposibilidad de tramitarla. Es evidente que ésta es una de las razones por las cuales las toxicomanías y el alcoholismo se le ofrecen a Freud como los más adecuados para pensar el modelo pulsional.

Cuando la sustancia ocupa un lugar central, la tentación es uno de los términos que satura el relato. Esta es otra versión privilegiada de aludir a la desventaja en la que el yo se encuentra. El poder de la tentación es siempre más intenso y, por eso, es necesario apelar a medidas de precaución diarias, se trate de alcohol, drogas o pecados. El cuidado es día a día (basta con recordar los principios de Alcohólicos Anónimos) y nunca se está verdaderamente a salvo de caer en sus garras. ¡Es que los recursos son pocos y la tentación tanta!

El revés de la tentación es la culpa y también tiene un lugar central cuando los relatos están saturados de sustancia. Es natural que, bajo esta vestidura, se evidencie otra de las formas del exceso. En una analogía de intensidades, a tanta tentación, tanta culpa en sus distintas versiones pulsionales, sean éstas de daño, castigo o contagio. No es otra la dialéctica que en las religiones se implementa ante la inminencia de algo que no puede ser dominado. No es otra cosa que ese *instante helado* aquello que las figuras más tranquilizadoras de los dioses intentan poner en juego. Siempre es preferible vérselas con un dios, por más enojado e irascible que se nos presente, que con algo que escape a las coordenadas simbólico-imaginarias de nuestro cotidiano.

Es posible tensar aún más los hilos de nuestra argumentación. Es evidente que muchos pacientes que consumen drogas no despliegan un montaje toxicómano. Consumen esporádicamente, en general con amigos, en situaciones placenteras, sin que la cuestión del tóxico revista mayor importancia. En esos casos podemos comprobar que las conquistas del *Eros*, sean éstas actividades, empleos, relaciones o sublimaciones si las hubiera, no se ven afectadas por el tóxico. A diferencia de esto, sí podemos hablar de un verdadero montaje toxicómano cuando el tóxico compite con todas las otras elaboraciones psíquicas. Los pacientes que se han arreglado con un montaje de toxicomanía, tarde o temprano ven sus empleos, sus relaciones y sublimaciones en serio riesgo. Como si el tóxico implicara la desaparición de cualquier otra elaboración. Cabe señalar que no se trata de cantidades, frecuencias o características de las drogas que un paciente consuma, sino de la función que opera en términos psíquicos.

Que el montaje toxicómano intente una ligazón psíquica es tan cierto como que tarde o temprano termina al servicio de la pulsión de muerte. Como si todas las conquistas del *Eros* pudieran ser evanescentes bajo su efecto. En las sobredosis asistimos al franqueamiento del último de los reductos del *Eros*: el cuerpo. No existe un fenómeno que muestre de manera más clara, aunque inquietante y patética, la lucha entre el *Eros* y la muerte. El tóxico intenta ligar y, de este modo, deberíamos pensar que, sin este recurso, podría ser peor. Al mismo tiempo, este intento de ligazón se juega en un borde sumamente filoso, en función de que su fracaso linda con la muerte. Una sobredosis consiste en haber llevado al extremo la conservación a la que el tóxico aspira, y haber fracasado en el intento.

La *operación del fármaco* no implica trabajo pulsional y, como tal, cuando el efecto del tóxico se despeja, no sólo el paciente tiene que habérselas con lo intolerable de lo in-elaborado de la pulsión (por así decir, de las puertas de casa para adentro), sino con la furia de la culpa desatada por el fracaso de la ligazón. Cuando la *operación del fármaco* fracasa, deberíamos tener en cuenta que en sí misma es un intento de ligar algo que no pudo ser ligado de otra forma.

Entonces, en el despertar, se asiste a un nuevo fracaso, puesto que por más intenso que haya sido el repliegue narcisista bajo el efecto "alucinatorio" narcótico, no hubo ninguna transformación del "mundo cotidiano". Si es un proceso que no logra la ligazón, necesariamente se rige por la pulsión de muerte. La intensidad de la culpa se nos presenta como el signo privilegiado de este proceso des-ligante.

Es muy interesante en el relato de los pacientes toxicómanos aquello que llaman el "bajón" de la droga. Esto, que es definido como angustia, y fundamentalmente culpa, que bien puede producirse en el momento en que dejan de consumir o bien al día siguiente, pareciera responder a varias cuestiones al mismo tiempo. En primer lugar, puede atestiguar el fracaso de la *operación del fármaco*, es decir, el punto en el cual la droga ya no funciona en su intento de procurar una vestidura tóxica a falta de una mediación simbólica.

Por otra parte, el bajón pareciera responder a la violencia de lo no ligado de la pulsión. Como si se desatara la culpa ante el fracaso de la ligazón erótica que el tóxico habría intentado. Si éste procura "sensaciones directamente placenteras" es en los términos de que permite un "sentimiento de sí", al decir de Freud, que no puede alcanzarse en otras condiciones. Con la misma intensidad con la cual el tóxico procura estas sensaciones, la culpa se desata vía el superyo. La dificultad que plantea el bajón a muchos pacientes toxicómanos es que, para tolerarlo, es necesario nuevamente apelar a un tóxico que suprima la intensidad de la culpa.

El *superyo se diluye en alcohol*<sup>32</sup> permite pensar aquella versión del tóxico que funciona en el sentido de una ligadura, es decir, al servicio del *Eros*. Sin embargo, no alcanza esta función de manera estable y duradera. Cuando desaparecen los efectos directos del tóxico, es el superyo que no fue posible "diluir" quien ha ganado la batalla. El resto sabemos cómo funciona: más fracaso en la ligadura, más renuncia, más pulsión de muerte. No puede llamar nuestra atención que el día siguiente sea necesario empezar con un poco más de tóxico.

Desde este punto de vista, el repliegue narcisista que se pone en juego en las toxicomanías no pareciera decir gran cosa. Lo esencial radica en dilucidar si este montaje se ejerce como un medio, al servicio de las conquistas del *Eros*, o como un fin en sí mismo, donde tarde o temprano, estará al servicio de la pulsión de muerte.

### ***El tóxico y el objeto pulsional***

Pero, ¿en qué nivel del aparato psíquico ejerce el tóxico su función? Nos hemos servido de la noción de *montaje toxicómano* que despliega Lepoulichet. Previamente, sugerimos que este término ha sido extraído de la forma en que Lacan elabora la pulsión en el *Seminario XI*<sup>33</sup> y, de tal manera, es posible que no se avenga al modo en que Freud pensó la pulsión: a esta altura ya nadie dudaría de que la pulsión, en Freud y en Lacan, no se dan francamente la mano. Sin embargo, a nuestros fines, la noción de montaje pareciera circunscribir la configuración pulsional en la que estos pacientes se organizan. Si, según hemos visto, con esta noción acentuamos la cuestión económica, resulta una noción válida y de útil aplicación.

En este sentido, el uso de tóxicos, así, sin más, queda por fuera de la noción misma de montaje toxicómano. Tampoco esta noción debe ser referida a cantidades, variedades o

---

<sup>32</sup> Sandor Ferenczi: "El alcohol y las neurosis", en *Psicoanálisis* (O.C), Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1981, tomo I, pág. 207.

<sup>33</sup> Jaques Lacan, *Op. cit.*, pág. 105.

frecuencias. Se trata de cierta organización particular de la economía libidinal, en la cual el recurso tóxico ha sustituido fundamentalmente a la *verarbeitung*.

La tentación de hacer de la droga un objeto ha sido determinante para muchos analistas. A mi entender, esta apreciación confunde mucho más de lo que aclara. Por más fija, ritualizada o exclusivamente que un toxicómano apele al tóxico, no me parece razón suficiente para hacer de éste un objeto pulsional y, mucho menos, (como en ocasiones Freud lo sugiere) un objeto de amor.

Es cierto que algunos pacientes sitúan al tóxico en el mismo lugar que sus parejas y, en sus relatos, es difícil saber si se refieren a la droga o a su *parteneire*. Pero no pareciera ser lo más indicado suscribir los mismos términos. Aún en aquellos casos graves en los cuales el tóxico ha conseguido hacer desaparecer gran parte de las otras ligazones psíquicas, la droga pareciera estar al servicio de alguna otra cosa. El repliegue narcisista que introduce Freud en *Introducción del narcisismo* constituye una alternativa superadora. Pero, antes, introduzcamos un paréntesis didáctico.

¿Qué diferencias podríamos establecer entre la señorita de las *Neuropsychosis de defensa*, urgida por encontrarse con su noviecito, y la urgencia de un toxicómano? Sabemos claramente por Freud qué es aquello que urge: se trata de la pulsión. Posiblemente, desde el punto de vista económico no podamos establecer grandes diferencias en estas urgencias. Sin embargo, nadie que haya sostenido en el tiempo una apuesta analítica con pacientes toxicómanos puede poner en duda que, al final del día, sabe perfectamente que hay urgencias y urgencias. Quien lo haya intentado entiende suficientemente que, luego de haber dispensado un largo rato en el mismo día a la atención de estos pacientes, ¡la fatiga y el cansancio no son los mismos!

Si el abandono que sufre aquella paciente tiene los rasgos de lo traumático, no es por otra cosa que porque, en el recorrido por ese objeto, la pulsión encuentra satisfacción. El trauma podría ser definido desde la gran intensidad pulsional que anega al aparato psíquico, en virtud de que el objeto, ahora ausente, ha dejado de cumplir su función ligante. Si el aparato psíquico había logrado cierta organización, el abandono implica nuevamente el caos pulsional.

La trasposición libidinal en ese objeto, en términos freudianos, acontece según los dos tiempos de la elección de objeto, dividida por el periodo de latencia. Las dos oleadas, de esta manera, implican aquello que él denominaba *reballazgo de objeto*.

*"No sin buen fundamento el hecho de mamar el niño del pecho de su madre se vuelve paradigmático de todo vínculo de amor. El ballazgo (encuentro) de objeto es propiamente un reencuentro".<sup>34</sup>*

Este proceso consiste en volver a encontrar en la realidad los mismos puntos en los cuales la pulsión quedó fijada en la infancia. Para Freud, se encuentra en la realidad algo que ya estaba afirmado en el psiquismo.<sup>35</sup> En aquel noviecito, estarían indicados los mismos rasgos del vivenciar infantil, indudablemente, sustituidos, combinados, negados y superados. Los rasgos han sido tan elaborados que la conciencia no se anoticia de ellos. Aún más, el enamoramiento es posible a condición de que aquella señorita no se anoticie de la continuidad de esos rasgos.

El Hombre de los lobos puede funcionar como un buen ejemplo de este razonamiento freudiano. Freud construye una *escena primordial* desde la cual se despliegan los enamoramientos compulsivos, los síntomas y el sueño de los lobos. Supone que el paciente

---

<sup>34</sup> Sigmund Freud: "Tres Ensayos de teoría sexual", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, VII, pág. 202.

<sup>35</sup> Sigmund Freud: "La negación", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, XIX, pág. 254.

habría sido testigo de una escena sexual que protagonizaron los padres al modo de los animales.<sup>36</sup> La huella de esta escena funciona, de ahí en adelante, como condición erótica. Basta que el paciente encuentre a una mujer en la misma posición en la cual observó a su madre, para que se enamore compulsivamente de ella.

*"Paseaba él por la aldea que correspondía a la finca y vio en la orilla de la laguna a una muchacha campesina arrodillada, atareada en lavar al ropa. Al instante se enamoró de la lavandera, y con una violencia irresistible, aunque no pudo verle el rostro".<sup>37</sup>*

Tema espinoso el que de esta manera se pone en juego. Nadie dudaría que esos rasgos, por más pulsionales y económicos que se los suponga, deben ser rehallados en el "exterior". Pero, ¿cómo entender lo interior y lo exterior en términos freudianos? Rozamos, de esta manera, una seria dificultad teórica, que se la debemos al magnífico invento de Freud.

Al formular la pulsión, el maestro la propone como una energía interna que sólo puede ser leída en términos intersubjetivos. El planteo mismo de la pulsión implica ese doble registro tópico. Algo interno que sólo puede ser pensado en lo externo. Una energía de la que sólo puede decirse algo en función de las relaciones que nos exige entablar. Desde aquí, Lacan se permite rectificar, con genialidad, la intuición del espacio kantiano.

Pero por más necesaria que se presentificara esta rectificación, y por más inapropiadas que se nos muestren las categorías de lo interno y lo externo, Freud no dudaría que ese rasgo re-aparece en el objeto que aporta la realidad. En esta cuestión radica, para él, la verdadera diferencia entre lo objetal y lo narcisista. La pulsión, cuando se juega en lo objetal, pareciera haber "trabajado" más que cuando se restringe al marco narcisista. Aún sabiendo que el objeto de amor es un reflejo del yo, el objeto vive en el mundo, fuera del yo. Tiene sus gustos, sus caprichos, sus limitaciones y, la mayor parte de las veces, ¡también habla!

A diferencia del tóxico, la relación objetal exige una importante renuncia narcisista. El otro nunca se presenta minuciosamente en las coordenadas en la que se lo espera, ni se aviene con claridad a lo que se imagina sobre él. Indudablemente, el objeto del re-hallazgo implica más elaboración, mayores riesgos y sutilezas.

¿Es posible que algunas lecturas actuales no nos permitan diferenciar entre un *partenaire* sexual y una milanesa con papas fritas? Si fuera cierto que lo esencial de la ligadura es el fracaso de la misma, ¿es lo mismo una investidura objetal que unos cuantos gramos de cocaína? ¿Será cierto que las dos encierran el mismo grado de engaño? ¿Es que esta diferencia no es harto evidente? Sencillamente, si la teoría no puede dar cuenta de estas sutilezas, vale recordar los términos de Charcot: "*La teoría es buena, pero eso no impide que las cosas sean como son*".<sup>38</sup> Cuando la teoría se orienta en estos términos, evoca claramente resonancias autistas.

Al tiempo que cerramos el paréntesis, podemos afirmar que, por esta razón, el tóxico no es un objeto pulsional. Desde esta perspectiva, no guarda la distancia necesaria, ni la libido ha franqueado los límites del narcisismo para alcanzar lo objetal. El tóxico, en este sentido, no se encuentra (por así decir) verdaderamente en el mundo. La relación al tóxico debe ser pensada como la relación del yo hacia una parte de sí mismo.

---

<sup>36</sup> Sigmund Freud: "De la historia de una neurosis infantil (el Hombre de los Lobos)", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, XVII, pág. 38.

<sup>37</sup> *Ibid.*, pág. 84.

<sup>38</sup> "La theorie cest bon, mais ca n'empeche pas dexister", Sigmund Freud: "Charcot", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Tomo III, pág. 15.

La noción de historia libidinal permite, en Freud,<sup>39</sup> situar el recorrido que realizó la libido a lo largo del tiempo. De esta manera, se vuelven claras las nociones de fijación, regresión, trastorno hacia la propia persona, transformación en lo contrario, represión, etc., con las cuales es posible dar cuenta de la *verarbeitung*. En un análisis es posible encontrar las claves en función de las cuales un *partenaire* sexual se descompone en una serie de rasgos que han sido transformados y elaborados, combinados y sustituidos. Freud postula ciertos mecanismos psíquicos desde los cuales entender esas transformaciones y los trata como símbolos, es decir, algo que está en lugar de otra cosa.

Desde el punto de vista de esta historia libidinal puesta en juego en las neurosis de transferencia, nos resta decir que el tóxico no tiene historia. Aún teniendo en cuenta el hecho de que los pacientes toxicómanos pueden situar cuándo y bajo qué condiciones empezaron a consumir, no se trata de la misma cuestión. De la experiencia del tóxico, no queda mucho más que el registro económico. A lo largo de estos años, no me ha sido posible determinar el tóxico mucho más allá de la experiencia de placer o la interrupción de dolor que algunos pacientes relatan. No se trata de rasgos en el mismo sentido al que alude Freud respecto de las condiciones eróticas de un *partenaire* sexual. Si el tóxico no se deja sustituir o combinar, es porque el acento recae en la experiencia directa y no en las inscripciones. También, desde este punto de vista, el tóxico pareciera ser más primario y menos objetal. Se acerca más a la realización alucinatoria de deseos que a la *verarbeitung* freudiana.

Quizás ésta sea una de las razones por las cuales la atención de estos pacientes despierta en los analistas muchos efectos contratransferenciales. Los psicoanalistas, evidentemente, nos sentimos más a gusto cuando la libido ha resignado algo del narcisismo en favor de las investiduras objetales.

Indudablemente, el *fármakon* no sólo es el remedio de un sufrimiento intolerable, sino que también procura una satisfacción pulsional. Es cierto que los pacientes pueden detallar con claridad el momento en el cual empezaron a consumir, con quiénes compartieron ese momento y los efectos que el tóxico les produjo. Esta posibilidad de establecer clara y precisamente las coordenadas de la satisfacción fue la que animó a muchos analistas a acercar los términos de las toxicomanías a la perversión. Sin embargo, esto tampoco alcanza para acercar el tóxico a un objeto pulsional. Mas bien, el tóxico pareciera complicar el trayecto de los objetos pulsionales.

Como diría Burroughs,<sup>40</sup> el tóxico está al servicio de *recuperar forma humana*. No se trata de un objeto oral, escópico, anal, ni respiratorio. Tampoco se trata de un objeto de amor. Es necesario acentuarlo: el verdadero objeto de la droga es el narcisismo. Recordemos los términos en los cuales Freud piensa este concepto.

### ***La cuestión narcisista***

La melancolía, las neurosis no transferenciales, la enfermedad orgánica, la hipocondría y el enamoramiento, son los fenómenos a partir de los cuales Freud introduce el narcisismo. En *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*,<sup>41</sup> afirma que esta noción surge

---

<sup>39</sup> Sigmund Freud: "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Tomo XVIII, pág. 137.

<sup>40</sup> William Burroughs: *Op. cit.*, pág. 12.

<sup>41</sup> Sigmund Freud: "Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico", en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993, Tomo XIV, pág. 1.

como una alternativa teórica en la controversia con Jung, quien estaba dispuesto a dar un paso atrás respecto del papel protagónico que desempeña la sexualidad en la teoría psicoanalítica. En este sentido, Jung le expresa a Freud que el término libido no designaba otra cosa que una tensión general y, con esta afirmación, ponía en tela de juicio uno de los puntos centrales del psicoanálisis.

Freud insiste en su justo derecho a separar pulsiones sexuales y pulsiones yoicas, un dualismo que le había sido sugerido, sin dificultad, por las neurosis de transferencia. Apoyado en consideraciones biológicas este dualismo responde al conflicto que se suscita entre el individuo como lo principal o como un episodio más en la serie de las generaciones. Por un lado, se trata de la energía de carácter sexual que puede ser observada en las relaciones del yo con los objetos. Por otro, Freud supone una energía de índole no sexual, con base en el yo y al servicio de los intereses de la cultura. Pulsiones *sexuales* y de *autoconservación* fue el formato inicial con el cual Freud mantenía su fidelidad a la noción de conflicto psíquico: no hay más que sentarse a escuchar a alguien para advertir que se encuentra dividido. Pero la clínica de las psicosis (¡y posiblemente las toxicomanías también!) le plantea unos cuantos problemas a este dualismo pulsional.

Apenas habían transcurrido diez años de la joven ciencia y ya no era sostenible una de sus doctrinas más exquisitas: la teoría de la represión. Efectivamente, el yo, la sede de las pulsiones de autoconservación y, por lo tanto, al servicio de quien se efectúa la represión, se había libidinizado a partir de las críticas de Jung. El narcisismo, aquel "*parto difícil y que presenta todas las deformaciones consiguientes*",<sup>42</sup> surge como un intento superador de la libido no sexual. Le debemos agradecimientos a Jung por haber forzado este parto difícil.

El concepto de narcisismo, entonces, le permite a Freud ceñir con muchísima ductilidad las vicisitudes y dificultades que le presentan algunas cuestiones clínicas, en especial las psicosis. Es necesario estar atentos al modo en que Freud maniobra con este argumento, en función de nuestros interrogantes sobre las toxicomanías.

*"¿Cuál es el destino de la libido sustraída de los objetos en la esquizofrenia? El delirio de grandeza propio de estos estados nos indica el camino. Sin duda, nació a expensas de la libido de objeto. La libido sustraída del mundo exterior fue conducida al yo, y así surgió una conducta que podemos llamar narcisismo."*<sup>43</sup>

Se trata del destino de la libido, entonces. Esta última habría alcanzado posiciones objetales y, por alguna razón que es necesario especificar en cada caso, fue sustraída y conducida al yo por *regresión*. El delirio de grandeza, propio de esta patología, es la contraprueba de este desasimiento del mundo exterior. Es difícil de exagerar la importancia del concepto de regresión libidinal. Tengamos en cuenta que todos los fenómenos clínicos, de ahora en más, deberían ser explicados en función del alcance de la misma. El ejemplo más claro de esta argumentación lo encontramos en el caso Schreber:

*"Inferimos que en la paranoia la libido liberada se vuelca al yo, se aplica a la magnificación del yo. Así se vuelve a alcanzar el estadio del narcisismo, conocido por el desarrollo de la libido, estadio en el cual el yo propio era el único objeto sexual. En virtud de ese enunciado clínico, supondremos que los paranoicos conllevan una fijación en el narcisismo, y declaramos que*

---

<sup>42</sup> Carta a Abraham del 16 de marzo de 1914.

<sup>43</sup> Sigmund Freud: *Op. cit.*, pág. 72.

*el retroceso desde la homosexualidad sublimada hasta el narcisismo indica el monto de la regresión característica de la paranoia".<sup>44</sup>*

Si la regresión alcanzó el narcisismo, se dan las condiciones para una paranoia; en cambio, si fue todavía más intensa y alcanzó el autoerotismo, se trata de una parafrenia. Ni en una ni en otra fue posible conservar el vínculo erótico con personas y cosas, y en esto Freud apoya la diferencia respecto de las neurosis de transferencia. En éstas últimas, aunque sólo sea en la fantasía, aquel vínculo se encuentra conservado. La pérdida de realidad en neurosis y psicosis, a la altura de este trabajo, también se explica por la regresión libidinal.

¿En qué consiste el narcisismo entonces? Freud llega a esta idea de la mano de una serie de fenómenos diferentes de aquellos en los que el psicoanálisis había sacado su carta de ciudadanía, las neurosis de transferencia. El narcisismo consiste en una "*colocación de libido*",<sup>45</sup> un estadio en el desarrollo de la libido, entre el autoerotismo y la elección de objeto. La ubicación del narcisismo Freud la refiere a dos supuestos diferentes: por un lado, es necesario suponer que el yo no se encuentra desde el principio, "*tiene que ser desarrollado*" y, por otro lado, "*las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales.*" Desde aquí, aquella famosa frase que tanto ha dado que hablar:

*"... algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya."<sup>46</sup>*

El narcisismo no es inicial, pero tampoco es un lugar en el cual terminar. No puede estar dado desde el principio porque Freud supone que en el comienzo hay un caos, el desorden pulsional autoerótico, y el yo se constituye como una primera organización, es decir, un orden.

Pero tampoco el narcisismo es un estadio terminal, pues tarde o temprano, se hace necesario investir objetos. La libido debe ser colocada en los otros. La pregunta de Freud es sencilla y maravillosa:

*"¿En razón de qué se ve compelida la vida anímica a trasponer los límites del narcisismo y poner la libido sobre los objetos?"<sup>47</sup>*

Recordemos que en la pulsión se funden dos campos disyuntos: la energía y lo intersubjetivo de la cultura. De esta manera, la pulsión es una cantidad que sólo puede ser leída en términos intersubjetivos. La respuesta a aquella pregunta va a tomar en cuenta estas dos claves heterogéneas, correlativas de la definición de la pulsión como concepto límite.

La primera de estas claves Freud la encuentra en lo económico. Pareciera ser que cuando la "*investidura del yo con libido rebasa cierta medida*" se hace necesario para el aparato psíquico disponer libido en los objetos. La acumulación de libido narcisista no se tolera más allá de cierto punto. Y, desde aquí, Freud puede sostener que se ha llegado a la investidura de objeto justamente a fin de no enfermar con su estasis. La segunda clave se orienta hacia el *Ideal del yo*, al postular que la cultura eleva las exigencias sobre la pulsión, de tal modo que la satisfacción debe estar anudada a los otros.

---

<sup>44</sup> Sigmund Freud: *Op. cit.*, pág. 67.

<sup>45</sup> Sigmund Freud: *Op. cit.*, pág. 71.

<sup>46</sup> *Ibid.*, pág. 74.

<sup>47</sup> Sigmund Freud: *Op. cit.*, pág. 82.

*"Un fuerte egoísmo preserva de enfermar, pero al final uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo, y por fuerza enfermará si a consecuencia de una frustración no puede amar."*<sup>48</sup>

Freud entiende que el narcisismo es necesario, pero si en determinado momento no se invisten objetos, el psiquismo padece. Las investiduras de objeto sanan, del mismo modo en que el delirio -quizá no de la manera más propicia- también es un intento de sanar.

*"Enfermo estaba; y ese fue  
De la creación el motivo:  
Creando convalecí,  
Y en ese esfuerzo sané."*<sup>49</sup>

Es indudable que para Freud el sanar consiste en trasponer libido en los objetos. Desde aquí, está contorneado el lugar en la teoría analítica para suscribir los términos del *Banquete* de Platón: el *Eros*. También se deducen de aquí, el amar y el trabajar como el horizonte de la cura psicoanalítica, y esa sutileza, la sublimación, como lo más exquisito del alma humana.

Como contrapartida de esto, Freud se ocupa de las psicosis, en las cuales estas investiduras faltan. El psicótico habría abandonado las posiciones objetales y se habría organizado en la esfera narcisista, o más grave aún, en el autoerotismo. Algunas de las manifestaciones de las psicosis como el delirio, son intentos de restituir la relación con los objetos, sólo que al haber regresado a fijaciones libidinales más primitivas, la relación no se restituye articulada con el falo.

Con los conceptos de narcisismo y regresión, Freud unifica el campo de fenómenos, y el modelo teórico permite dar cuenta, sobre un mismo plano, tanto de las psicosis como de las neurosis de transferencia. Cuando en estas últimas el objeto desaparece, la libido empieza un doloroso proceso de desasimiento del objeto, es decir, en términos de Freud, regresa; sólo que en este camino regresiente se estabiliza en las fantasías, que son una forma de conservar el objeto en el horizonte. Recordemos que la regresión se propone como una defensa frente a algo intolerable en términos económicos.

Es indudable que el repliegue narcisista consiste en un recurso para extender el dominio sobre la tensión que, de otra manera, se vuelve intratable. Pero lo esencial de la cuestión no va en esto. En sí misma, la noción de repliegue narcisista no nos indica gran cosa. La verdadera cuestión radica en determinar si el repliegue acontece al servicio del *Eros* o de la pulsión de muerte.

En otras palabras, la investidura del órgano doliente puede ser un recurso válido para intentar revertir el proceso desligante que el dolor implica en la enfermedad orgánica: "*En la estrecha cavidad de su muela se refugia su alma toda*",<sup>50</sup> nos dice el poeta. Si bien se retiran las cargas del mundo en un claro proceso de desexualización, de esta forma el aparato psíquico se esmera en neutralizar la tensión y evitar que las condiciones sean todavía más desequilibrantes. Pero resulta claro que este recorrido de la libido intenta una conservación al servicio del *Eros*. Es

---

<sup>48</sup> *Ibid.*, pág. 82.

<sup>49</sup> *Ibid.*, pág. 82.

<sup>50</sup> *Ibid.*, pág. 82.

una buena forma de diluir la efracción, sin duda; pero, es necesario acentuarlo, no por ello constituye una verdadera elaboración psíquica.

Volviendo a las toxicomanías, podríamos sostener la misma pregunta en términos inversos. ¿Porqué en las toxicomanías se evidencia que la libido no ha traspuesto los límites del narcisismo y se ha puesto sobre los objetos? ¿Qué coordenadas han impedido, en muchos casos, ese transvasamiento libidinal del narcisismo a lo objetal?

Las toxicomanías claramente podrían ser agregadas a la serie de fenómenos clínicos que Freud despliega en *Introducción del narcisismo*. Efectivamente, el recurso al tóxico se esmera en el mismo fin que la hipocondría, la enfermedad orgánica y las parafrenias parecieran indicar. En el *montaje toxicómano* se trata de cierto acopio libidinal en el yo, en menoscabo de la libido objetal. Como si el toxicómano se hubiera detenido antes de alcanzar una verdadera investidura de objeto.

Pareciera ser que Lepoulichet apunta a la misma cuestión clínica cuando supone en las toxicomanías *un cuerpo que no se habría perdido*.<sup>51</sup> Esta es la forma de afirmar que en estos pacientes no hubo una verdadera trasposición libidinal; como si la libido no hubiera abandonado sus posiciones más allá del narcisismo y el enlace con el Otro se caracterizara por su labilidad.

El toxicómano, en este sentido, decide no arriesgarse a la investidura objetal; esta última pareciera suponer mucho más riesgo del que está dispuesto a asumir y menos seguridad de la que la sustancia tóxica pareciera brindarle. Desde esta perspectiva, no existe nadie más conservador que un toxicómano: no está dispuesto a que nada cambie. Es en este punto donde llueven las quejas; no la de los pacientes, ¡sino la de los familiares! Las parejas, las madres, los amigos, son quienes están en mejores condiciones de evidenciar que no están siendo objeto de una verdadera apuesta. Muchas "consultas" se producen luego de discusiones familiares de importancia o de verdaderos *ultimátum* que ponen a prueba una apuesta libidinal.

Momentos cruciales, como el nacimiento de un hijo, un casamiento, la compra de algo importante, una propuesta laboral muy añorada, son los puntos donde más claramente se evidencian estos repliegues narcisistas. El sólo hecho de tener que subir la apuesta es suficiente para que la tentación del tóxico sea insoportable. Es muy usual que, en la misma medida en que estas situaciones elevan las exigencias subjetivas, el consumo se incremente en cuanto a la cantidad y la frecuencia. Como si muchos pacientes toxicómanos no tuvieran con qué hacer frente a la dialéctica intersubjetiva. Muchas toxicomanías desatienden aquella idea freudiana según la cual en la trasposición libidinal se encuentra un motivo para sanar.

Tampoco puede sorprendernos que muchos pacientes que se han entregado a actividades delincuenciales se quejen muchas veces de que en aquellos ambientes nadie respeta los códigos. Traiciones, venganzas de todo tipo, infidelidades varias, son moneda corriente en estos ámbitos, porque cuando los toxicómanos se entregan a este tipo de presentaciones ponen en tela de juicio la categoría misma de *prójimo*. Delincuentes más veteranos se sorprenden de este tipo de cuestiones. Pautas mínimas de "convivencia", como "*no robarás en el propio barrio*", son desatendidas con una soltura que puede poner nervioso a más de un presidiario.

Freud hubiera supuesto, en función de cierta necesidad doctrinal, que las investiduras objetales existieron en algún momento y, luego, a partir de alguna coyuntura particular, fueron replegadas sobre el yo. Ubicar el complejo de castración y el complejo de Edipo como piedra angular de la teoría, en cierta forma, lo "obliga" a sostener afirmaciones que no se sostienen clínicamente. De hecho, en los relatos de muchos pacientes toxicómanos, no es posible precisar algo que siquiera se le parezca a una investidura objetal. Una mujer es

---

<sup>51</sup> Silvie Lepoulichet: *Op. cit.*, pág. 75.

evanescente en el conjunto de las mujeres, se trata menos de amigos que de compañeros ocasionales, todo es sustituible y efímero en la medida en que ha sido objeto de muy poco compromiso libidinal. En estos casos, la argumentación freudiana nos deja a medio camino; en efecto, no siempre sería necesario apelar a la noción de regresión: algunos de estos pacientes no podrían regresar, puesto que nunca han ido a ningún lado.